



LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

(Continuación.)

Como todos los alemanes, hablaba poco. Generalmente se oye con atención á los que hablan con una prudente reserva; una persona que no prodiga las palabras, que no habla sino pensando lo que dice, no se ver expuesta á réplicas á que nunca da ocasión.

A este hombre pensativo y recto le era conveniente una compañera como la que tenía, buena, sencilla, y tan conforme con todos los deseos de su marido, que en los siete años que llevaban de matrimonio jamás habían tenido un quítame allá esas pajas, ni el menor disgusto había turbado el hogar doméstico. Este ejemplo había sido seguido por sus hijos. Como se hallaban acostumbrados á ver á su madre obedecer á la menor indicación de su marido, nunca se les había pasado por la imaginación que pudiera obrarse de otra manera.

—¿Estamos prontos?—dijo Mr. Beethoven al poner el pie en la habitación.

—Sí, querido mío.

—Sí, papá.

Contestaron á la vez la madre y los tres niños, con ese movimiento repentino que demuestra el temor que infunde el cabeza de casa.

—¿Todos, todos?—preguntó de nuevo.

—Todos.

Y esta vez sólo contestó la mamá.

—Acabo de encontrar á Mr. Stumer y está muy descontento de Luis—dijo monsieur Beethoven;— y si no fuera por no desagradar á la buena Dorotea, la hermana de Mr. Simrok, de seguro que el señorito Luisito se quedaba guardando la casa... pero...

A la primera expresión dicha por su papá, Luis se puso colorado y lleno de rubor; su madre, con natural intención, se había apoderado de la mano de su marido, y oprimiéndola con cariño, como disculpándose de interceder por su hijo, se apresuró á decir:

—Pero Dorotea lo sentiría mucho, y Luis se aplicará más mañana.

—Entonces... en marcha—dijo Mr. Beethoven ofreciendo el brazo á su mujer

La tarde era magnífica, y aunque el otoño tocaba á su

fin, se sentía muy poco frío. La casa de Mr. Beethoven se hallaba situada á la orilla izquierda del Rhin, cuya majestuosa corriente atraviesa tantas populosas ciudades y tantas aldeas, y en cuyas transparentes aguas se reflejan tantos palacios y castillos y tan gigantescas montañas.

Caminando por sus floridas márgenes se llegaba á la residencia del archiduque Maximiliano de Austria, que acababa de heredar la dignidad de Elector de Colonia.

Hacia ese punto se dirigió la familia: Juan y Carlos iban cogidos de la mano y marchaban delante; después seguían los esposos Beethoven; Luis, aun vergonzoso por la reprensión de su papá, marchaba á alguna distancia.

La conversación fué por algún tiempo insignificante y reducida á las naturales advertencias de la mamá á sus hijos.

—Niños... no vayáis tan de prisa... no os acerquéis tanto á la orilla... Juan, no sueltes la mano de tu hermano...

Y otras frases parecidas, después trató con cariñosas palabras de entablar conversación con su marido.

—Mira, querido mío, qué contentos van Juan y Carlos—dijo haciendo notar á su marido los brincos y carreras que daban sus dos hijos pequeños.

—Sí—contestó Mr. Beethoven, cuya fisonomía no demostró ninguna emoción.

—Van tan contentos por ir á casa de la señora Simrok, con la esperanza de las golosinas que siempre los da y por correr en el hermoso parque del Elector. ¿Sabes que la señora Simrok tiene una buena colocación?

—Muy buena—dijo monsieur Beethoven en el mismo tono.

—Verdad es que para una pobre soltera de bastante edad, porque Dorotea es vieja y pobre—continuó sin detenerse Mad. Beethoven,—vivir en un hermoso palacio, tener á sus órdenes muchos criados... á quien uno no pa-

ga...; ser, en fin, ama de gobierno del Elector... no es despreciable, ¿verdad, amigo mío?

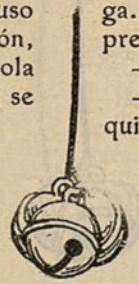
—Sí—respondió como siempre el tenor de la capilla.

—¿Dónde está Luis?—preguntó la madre mirando con inquietud á su alrededor.

—¿Quién, Luisito?—dijo Juan, llamando á su hermano en diminutivo;—se habrá detenido bajo la copa de algún árbol para conversar con los pájaros.

—¿Luis!—gritó Mr. Beethoven.

A esta voz fuerte, y cuyo eco resonó á lo lejos, dejó



ver Luis su reluciente cabeza y su crespada cabellera por encima de una mata de juncos que crecía á orillas del río.

A la vista de sus padres, ocultó detrás de sí un objeto que llevaba en la mano.

—¿De dónde vienes, Luis?—le dijo su madre con una dulce expresión de enfado.

—De allí, mamá—contestó éste poniéndose colorado y señalando con la mano las orillas del río.

—¿Y qué hacías allí?—replicó su mamá.

—Estaba escuchando.

—¿Qué?...—interrumpió Mr. Beethoven, que no le gustaban largas conversaciones ni respuestas tardías.

—Escuchaba el murmullo del río...—dijo Luis con los ojos bajos.

—No sé qué gusto sacas de escuchar el ruido de las aguas y esconderte para eso entre los juncos, para inquietar á tu papá y á mí. Vete delante con tus hermanos.

Luis obedeció; pero entonces la mano que llevaba á la espalda cambió de sitio, pasando súbitamente con lo que en ella tenía á ocultarla entre los faldones de su chupa.

—¿Quieres decirme, Luis, lo que encuentras de entretenido en el ruido del río?—preguntó Mad. Beethoven, queriendo continuar conversando con sus hijos, ya que su marido no lo hacía.—Contéstame cuando yo te hablo, Luis.

—Es que eso produce armonía—dijo Luis como entrecortado.

—Este niño no ve más que música por todas partes—dijo la señora Beethoven.

—¿Qué tienes ahí, Luis?—dijo Juan á su hermano, señalando á la mano que tenía oculta.

—¡A ti qué te importa!—contestó Luis.

—¡Chico, chico! ¡Vaya un modo de contestar!—replicó Juan.—No te vamos á comer la mano; bien puedes sacarla á que la dé el aire.

—¿Quieres correr con nosotros?—le pregunto Carlos con su voccecita infantil.

—No, no tengo ganas de correr—dijo Luis bruscamente.

—¡Qué áspero y arisco es este niño!—dijo Mad. Beethoven á su marido.

—¡Phs!—dijo el maestro de capilla, haciendo saltar un guijarro con su bastón.

A este tiempo había llegado la familia á la verja del palacio. Una señora de alguna edad vino á su encuentro, vestida con esmerado aseo y rostro agradable; llevaba de la mano una linda niña de siete años; un caballero de avanzada edad las seguía de cerca.

—Buenos días, amigos míos—dijo el ama de gobierno saludando graciosamente á los recién venidos.—Aquí están todos los niños; ¡cuánto os agradezco que los hayáis traído! Buenos días, Luis; buenos días, Juanito; hola, amiguito Carlos. Andad á jugar con Leonor, queridos míos. Aquí tienen ustedes á mi hermano, que ha abandonado su almacén de música para comer con nosotros.

(Continuará.)



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DE LA MANERA QUE EL BARÓN SOLÍA CAZAR SIN ARMAS

Como, según decía un tío mío, á todo gran placer sigue el hastío, yo, que siempre me di tan buena traza para cazar y en ello vi mi encanto, á fuerza de gozar y cazar tanto, llegué un día á cansarme de la caza. Y si al campo salía pues mi afición al campo subsistía, empleaba mis dotes especiales en ver y analizar, hora tras hora, unas veces la fauna, otras la flora, y otras, que eran las más, los minerales.

Recuerdo una mañana de Febrero en que hallé en un sendero dos pedazos de cuarzo soberanos para un inteligente: de eso que vulgarmente

llaman *pedra de chispa* los profanos.

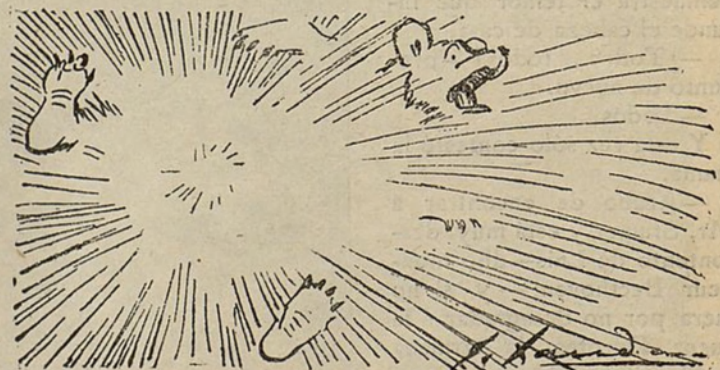
Hallábame abstraído contemplando las piedras, cuando siento de repente un bufido: levanté la cabeza y al momento veo venir un oso corpulento.



¿De qué me sirve, dije con cachaza, renunciar á los goces de la caza si el destino lo arregla de manera que tenga que cazar, quiera ó no quiera? Yo tengo que cazar al oso osado; ¿pero cómo le cazo desarmado? Mientras esto pensaba el oso adelantaba



y, juzgando quizás su presa cierta, venía el bruto con la boca abierta. No hay tiempo que perder, dije al instante y lanzando con fuerza de gigante un pedazo de roca, se lo introduje al oso por la boca. El cual debió sentir con tal motivo tal dolor en el tubo digestivo, que dando volteretas de dolor me presentó la parte posterior. Entonces con la fuerza de mi brazo



lancé el otro pedazo de pedernal, que penetró ligero en dirección contraria del primero y sucedió lo que era natural: que al chocar uno y otro pedernal, saltó la chispa y se quedó en el acto el oso formidable... *torrefacto!* Mis amigos hallaron delicioso aquel bife de oso, y celebraron mucho el modernismo de cazar y guisar á un tiempo mismo

C. L. DE C.



EL PUENTE DE LONDRES De la más populosa ciudad del mundo, pues tiene más de cuatro millones y medio de habitantes, es la vista que hoy publicamos, y que representa el *Puente de Londres*. Este puente de piedra, que une las dos secciones de la gran Metrópoli que el río Támesis separa, fué construído en tiempo de Guillermo IV, en 1831, y costó unos 40 millones de francos.

El bronce de sus adornos procede de los cañones tomados á los franceses durante nuestra guerra de la Independencia, en la que, como es sabido, fueron los ingleses aliados de España contra Napoleón.

Para dar idea de la vida y el movimiento que tiene de ordinario esta importante vía, citaremos el cálculo estadístico, según el cual, pasan en veinticuatro horas por el puente de Londres 20.000 carruajes y 120.000 personas á pie.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

CHARADA REPRESENTABLE

CUADRO PRIMERO

Varios niños marineros en una barca remando: uno de ellos, el primero, no rema.

NIÑO PRIMERO. ¡Buena propina os váis á ganar!

NIÑO SEGUNDO. ¿Le ha gustado á usted ver la pesca, señorito?

NIÑO PRIMERO. Sí: tenía muchas ganas de ir en un barquito de éstos y poder enterarme de cómo pescábais.

NIÑO TERCERO. Pues ya lo ha visto usted.

NIÑO PRIMERO. Sí, estoy complacido; pero ¡canario! ¡qué de prisa vamos! Dentro de muy poco, estaremos en tierra.

NIÑO CUARTO. Dentro de diez minutos lo más tarde.

NIÑO PRIMERO. Amigo, esto es lo que se llama *ir viento en popa*.

NIÑO SEGUNDO. No, señor, dispense usted; esto lo que se llama es *remar con alma*, porque el viento no viene de popa, ni ese es el camino.

NIÑO PRIMERO. ¡Ah! Yo creí...

NIÑO TERCERO. No, señor; viene de *proa*, porque le da á usted de cara.

NIÑO PRIMERO. ¡Es verdad!

NIÑO TERCERO. (Al público):

SEGUNDA Y PRIMERA

CUADRO SEGUNDO

Varios niños y niñas en una cocina de pueblo.

NIÑA PRIMERA. ¡Jesús! No os ocupáis en los días de *matanza* más que en alborotar y divertiros.

NIÑO PRIMERO. ¡Pues ya lo creo! ¡Como que toda la vida hemos conocido que el día de *matanza* es un día de *jolgorio* en la casa!

NIÑA SEGUNDA. Siempre ha sido así.

NIÑO SEGUNDO. Y así debe ser; ¡viva la alegría!

NIÑA PRIMERA. Bueno, bueno; no me ayudéis..

NIÑO PRIMERO. Eso de ayudar...

NIÑA SEGUNDA. Tiene razón la *señá Rosa*; la debemos ayudar, que está la pobre sola para todo.

NIÑO PRIMERO. ¡Pues adelante con los faroles! ¿Qué hay que hacer?

NIÑA PRIMERA. Tú, tráeme el vinagre. (Sale corriendo el NIÑO PRIMERO.)

NIÑO SEGUNDO. ¿Dónde está el orégano?

NIÑA SEGUNDA. Aquí está; trae tú la sal.

NIÑA PRIMERA. Vamos, que cuando esté bien adobado, os chuparéis los dedos de gusto.

NIÑO PRIMERO. (Entrando.) ¡Ya lo creo! ¡Como que tienes muy buenas manos para eso!

NIÑA SEGUNDA. Yo quisiera aprender.

NIÑA PRIMERA. Pues fijate, que es bien sencillo.

(La NIÑA PRIMERA va arreglando la carne con todos los ingredientes, y el NIÑO SEGUNDO se dirige al público y dice):

PRIMERA, CUARTA Y TERCERA

CUADRO TERCERO

Una Academia de Música. Una niña que hace de profesora se sienta al piano, y por orden van cantando su lección los demás niños y niñas. Cada uno la canta peor que el anterior, dando desafortunadas voces.

LA PROFESORA. Ya lo ven ustedes; todo el curso se le pasan sin cuidarse de estudiar, y llegando al exa-

men quedan ustedes de esta manera. ¡Están ustedes lucidos! Ninguno sabe una palabra.

LA PROFESORA. (Un niño entra á la sazón y se dirige al piano.) ¡Ah! faltabas tú, buena pieza. Vamos á ver cómo te portas.

LA PROFESORA. (El niño canta su lección perfectamente.) ¡Muy bien! ¡Gracias á Dios que uno siquiera estudia! (Al público):

EL TODO

(La solución en el próximo número.)



DIALOGÓS INFANTILES

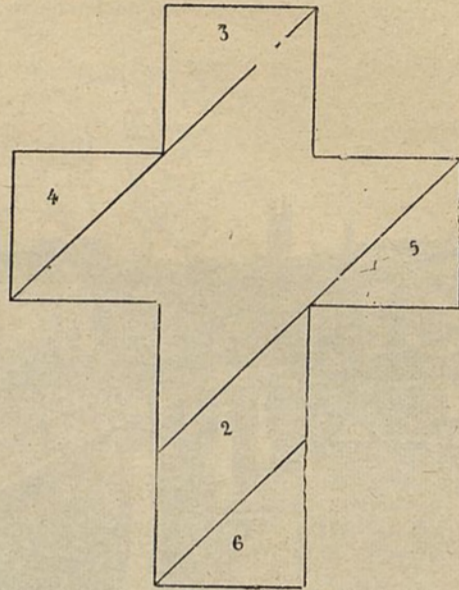
—A mí me han regalado un traje el día de mi santo.
 —A mí una muñeca.
 —¿Juegas tú todavía á las muñecas? Yo no juego ya. Soy ya mayor.
 —¿Y la que te ha regalado tu tío?
 —La tengo guardada en un armario para cuando me case. Se la daré á mis niños.

—¿Y si no tienes hijos?
 —¡Se quedará para mis nietos!

—¿Cuál te gusta más, el sol ó la luna?
 —La luna.
 —¿Por qué?

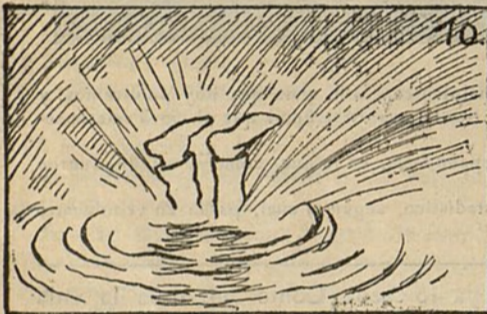
—Porque es mas útil. ¡La luna nos alumbra en la obscuridad, mientras que el sol no sale nunca hasta que ya es de día!

SOLUCIÓN AL PASATIEMPO «LA CRUZ LATINA»

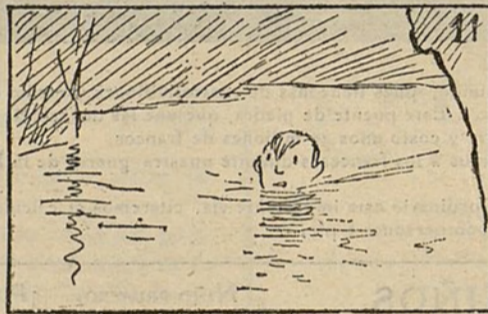


La numeración de los trozos en que la cruz está dividida, hace innecesaria toda explicación de este pasatiempo. Basta con mirar en la figura adjunta el lugar que ocupan, para formarla exactamente.

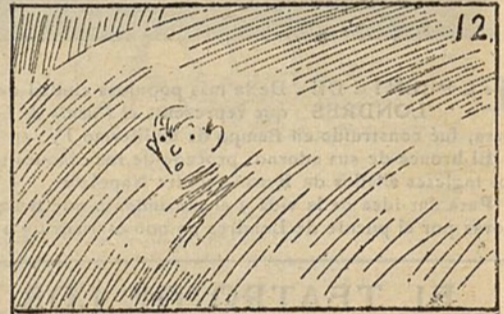
LA FORTUNA DE JOAQUINITO (Continuación.)



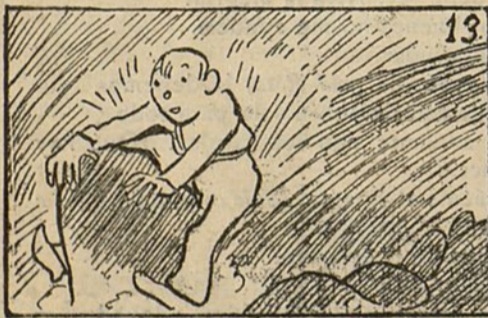
A gran profundidad pasaba una corriente de agua, en la que Joaquinito se hundió de cabeza.



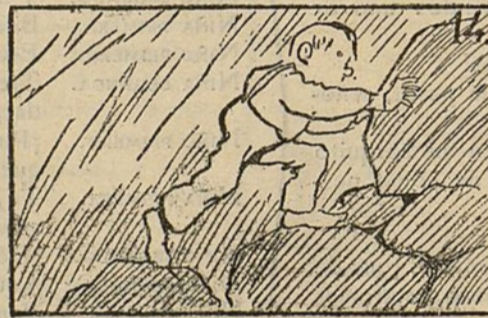
Afortunadamente, el chico sabía nadar y pudo sostenerse á flote; pero la corriente era muy rápida.



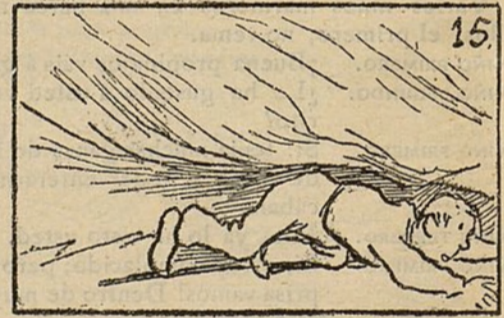
Y un salto de agua, que caía con temible fragor, arrastró al muchacho.



Cuando se creía perdido sin remedio, tropezaron sus manos con una musgosa piedra, y á ella se agarró.



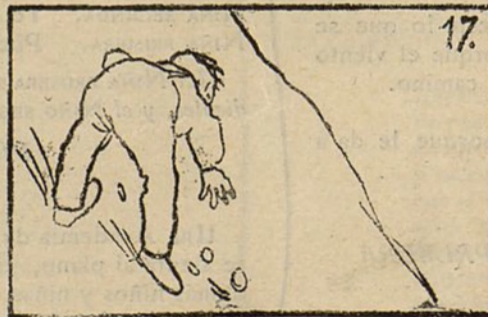
Huyendo de aquel abismo espantoso, comenzó Joaquinito á trepar peñas arriba.



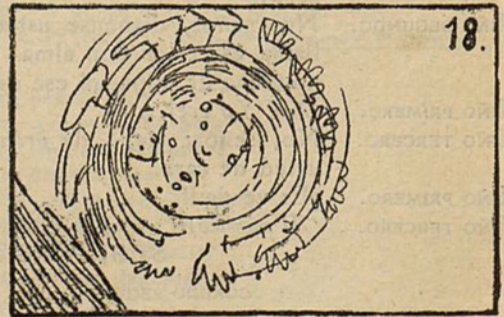
Vió luz por una hendidura, y, arrastrándose, penetró por ella buscando el aire libre.



Cuando volvió á ver el sol... se encontró en una pendiente tan rápida, que se espantó.



El descenso era difícilísimo, y de lado y muy despacito intentó bajar.



Pero resbaló en la pizarra, y allá fué dando más vueltas que la rueda de un barquillero. (Continuará.)